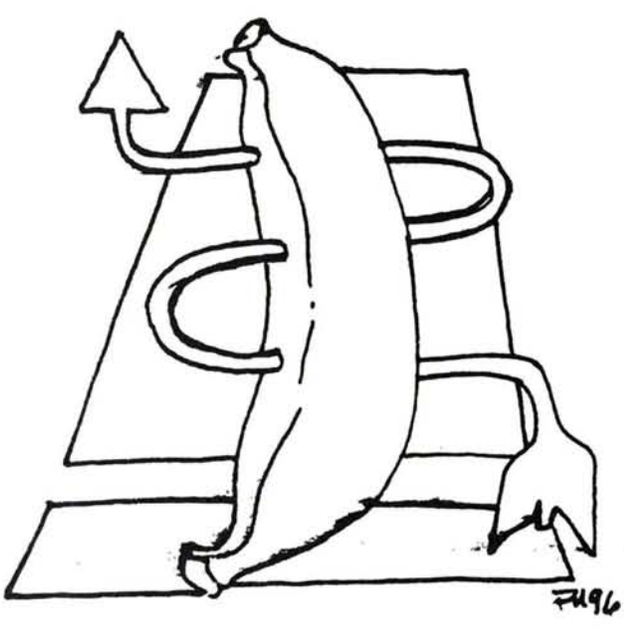
Enriqueta Ochoa (1928)

Marianne

Después de leer tantas cosas eruditas
estoy cansada, hija,
por no tener los pies más fuertes
y más duro el riñón
para andar los caminos que me faltan.
Perdona este reniego pasajero
al no encontrar mi ubicación precisa,
y pasarme el insomnio acodada en la ventana
cuando la lluvia cae,
pensando en la rabia que muerde
la relación del hombre con el hombre;
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,
de esta soledad, en sí, un poco la muerte anticipada.
Qué bueno que naciste con la cabeza en su sitio,
que no se te achica la palabra en el miedo,
que me has visto morir en mí misma cada instante
buscando a Dios, al hombre, al milagro.

Tú sabes que nacimos desnudos, en total desamparo
y no te importa,
ni te sorprende el nudo de sombra que descubres.
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,
has dicho,
sin embargo, es azul de cristal tu mirada
y te amanece fresca el agua del corazón;
quitas fácil el hollín que pone el hombre sobre las
[cosas,
y entiendes en tu propio dolor al mundo,
porque ya sabes
que sobre todos los ojos de la tierra
algún día, sin remedio, llueve.



Marcela del Río (1932)

Huellas del tiempo, X

Y seguir viva, a pesar de la luz y de la sombra
con que día a día
noche a noche
se teje y se deshila la luz de las estrellas
en la cóncava soledad de la pupila.
Llevo a cuestas la edad del universo
sus antiguas memorias
mis nuevas soledades
y su peso es mi peso
y su duelo mi alforja.

Y seguir viva, a pesar de todo
de las explosiones bajo la piel desnuda y volcánica
de los tumultos globulares
de las demoliciones
de los sepulcros bajo de cada poro.
La vejez es el espejo roto
reflejando la cara del infante.
Adentro de su azogue
hay siempre un niño que ha jugado a ser hombre
o una niña que ha renunciado ya a ser mujer.

Isabel Fraire (1934)

Ahora

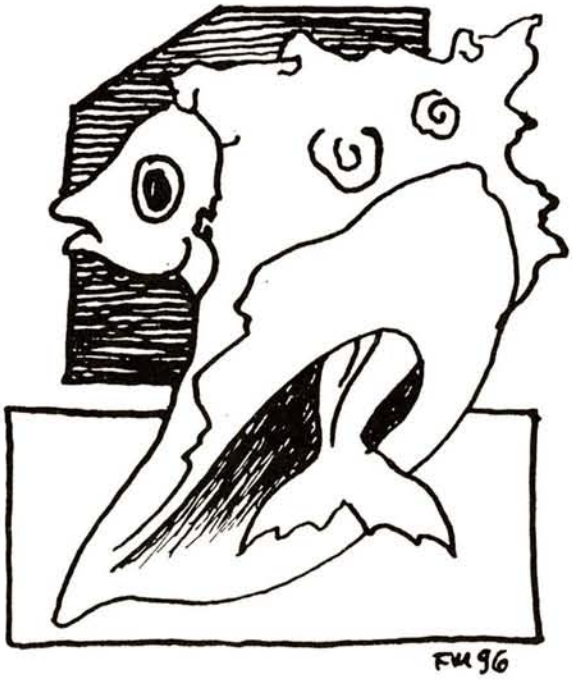
ahora
nada más por que sí
sin justificación alguna
la tarde toma vuelo como un pájaro que juega
con la brisa

sin insertarse en ningún orden cósmico
ni falta que le hace

Elena Milán (1937)

Deja caer tus dedos por mi espalda

Lo sé, vas a decirme que mi cuerpo
será siempre el más cercano, el más flexible.
El único capaz de llevar a tus manos
recuerdos de osos de peluche y aviones de
madera balsa,
el olor del desierto a la primera gota de junio
y el arco iris entre prismas de polvo.
Deja caer los párpados. No hables.
Sólo pasa la yema de los dedos por mi espalda,
como lo estás deseando.



Elva Macías (1944)

Del amor

IV

Freudiano
Una noche después
soñé que eras mi padre,
reclinabas tu cabeza en mi regazo
y eras también mi hermano,
como en un ábaco
pasabas las cuentas de mi gargantilla
colmando las arcas de la emotividad.
¡Mea culpa!

Gloria Gervitz (1945)

(Fragmento de ventana)

En las regiones donde las muchachas trenzan sus
[cabellos
castaños
y perfuman sus axilas
En esas regiones donde el olor del sexo madura y
[oprime
las tardes
En las juderías altas y bajas escondidas en las
[mañanas
de Segovia
los romances de las niñas judías y los caballeros
[cristianos
todavía acechan desde los puentes
y los relatos de la Hagadá me crecen
mientras espero desvelada en los corredores de
los aeropuertos
En los paisajes de neuronas
casi en el umbral del oráculo de Delfos
Sólo hay una primera y única respuesta. No hay
explicación
inmediata
apenas la incisión
Adentro, blanco. Mi madre y algunas amigas
juegan al bridge
el perfume de las señoras mezclado al blanco
lo oscurece en el pecho
A través de las ventanas casi olvidados los pirules
Pálido el viento
Vaho de mimbre en el porche deslavado
La casa se deshace
Eternidad de los jardines de arena
perseverancia del aire. Se doblan las hojas,
inician el regreso
Despierto. Las amigas tiemblan entre los sauces
No hay nadie en casa. Cepillas tus cabellos
[castaños
La veranda sombría, fresca en el bullicio del lino
El polen cubre aquella memoria de espejos
Besas mis muslos
Apenas nos movemos
Pero aparta tus ojos de mí
Alba desaguada de otros diluvios
Querida, lejana
La complicidad de la voz
su persistencia
y yo soy lo que se está cayendo

Elsa Cross
(1945)

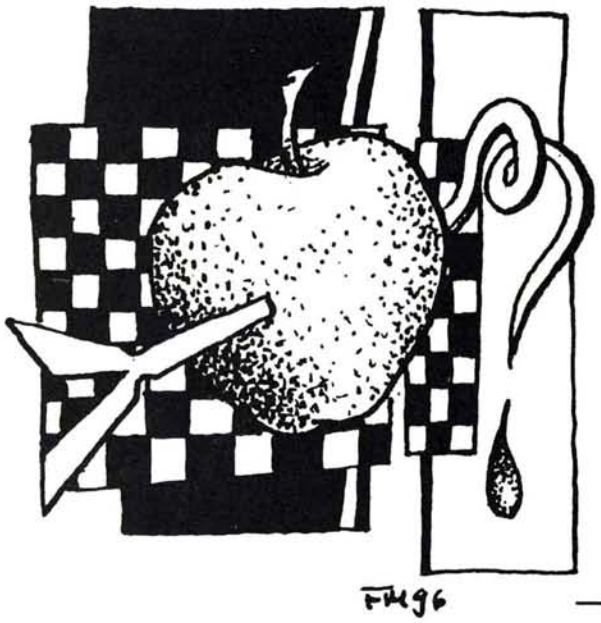
De canto malabar *(Fragmento)*

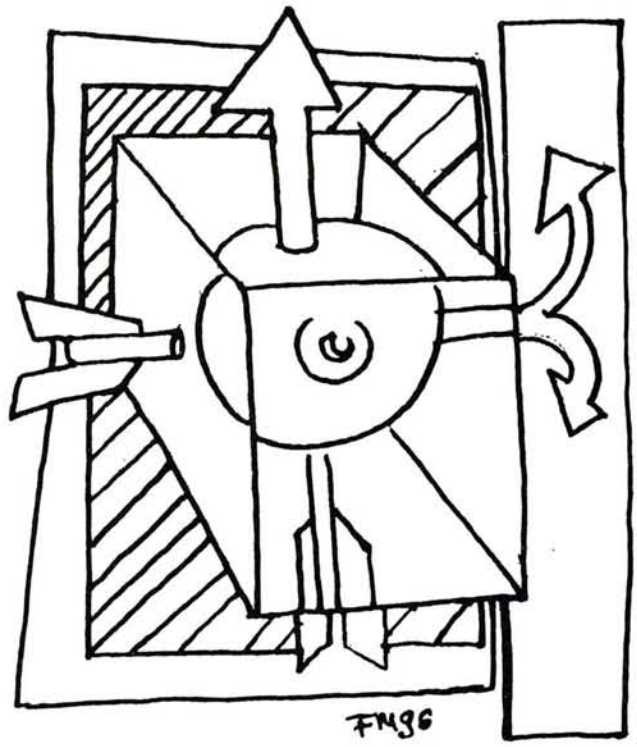
I

La tarde entera se vencía al paso del viento.
Como arcos se doblaban los árboles
y una flecha imprevista me daba al corazón.
Deambulé por aquellas calzadas
donde tanta vida cimentaron tus pasos.
El viento alzaba tolvaneras en medio de los
[campos,
trastornando a esos pájaros rojos,
borrando campamentos de insectos en las grietas.
La tierra pone polvo en mis labios —su ofrenda.
Y mi ofrenda a las estatuas que guardan el
[camino
¿sólo palabras?

Estaba junto al baniano
aquella tarde en que el zureo de las tórtolas
volvía insoportable tanta belleza.
La noche iba entrando a tus jardines.
Estaba junto a la estatua de Yama, Señor de la
[Muerte,
montando su búfalo negro mientras Savitri
le arrebataba con argumentos la vida de su
[amado.
Tanta belleza a punto de morir.
Te vi por última vez allí, desde el baniano.
Inmenso como era el viento lo había descuajado
y las ramas que cayeron a tierra echaron raíces.

¿Adónde van los sueños cuando uno despierta?
Silencio a media voz, disipación de tiempo—
la muerte, indecisa:
un murmullo que cruza en el estanque.



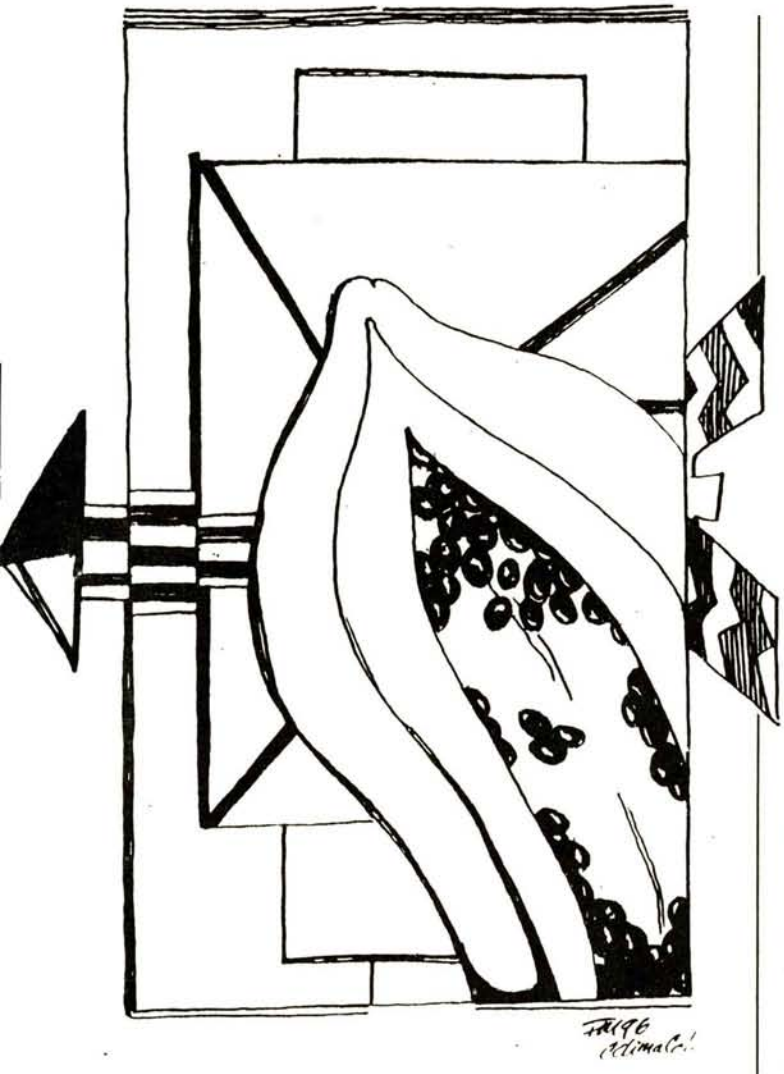


Patricia Medina
(1947)

Hay que tener un hijo

Tiempo, esa materia de que estamos hechos.
Rosario Castellanos

Hay que tener un hijo, dos hermanos, tres amigos,
una docena de cuartillas en blanco,
pan, tabaco y una taza de café.
Con tanto se puede ser eterno.
Pero hace falta tiempo para llorar,
hace siglos de rabia se consumió el calor
de los hijos, los amigos;
moscas linotipistas acribillaron la pureza del
[papel
y el pan está desvinculado de los dientes de
[muchos;
el pan de grano ya no se mastica.
Ahora todos fuman del incinerador
donde se atiza el caos,
y se bebe negrura.
Esto concierne al tiempo, él nos domestica,
azuza nuestra anemia de minutos.
Se busca un asesino con los pies del tiempo.



Isabel Quiñones (1949)

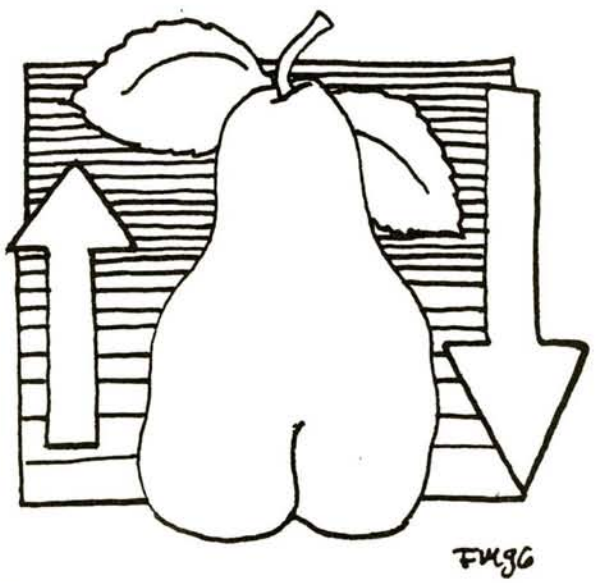
Aleluya

A veces, casi por descuido,
subían el uniforme más allá de las rodillas;
a veces, por mirarlas,
los jardineros mojaron el cemento.
En voz baja hablaban de sus juegos esas niñas
que hicieron la leyenda de Nuria más negra y
[atractiva
—Nuria, con sus manos de guanábana,
había pescado a escondidas.
En regiones prohibidas gozaron de la risa
aquellas turbadoras de cinturas monjas;
cruzaron una que otra vez bajo las túnicas
de madres ocupadas en fijar su vista en las
[alturas.

Coral Bracho (1951)

[Oigo tu cuerpo...]

Oigo tu cuerpo con la avidez abrevada y tranquila
de quien se impregna (de quien
emerge,
de quien se extiende saturado,
recorrido
de esperma) en la humedad
cifrada (suave oráculo espeso; templo)
en los limos, embalses tibios, deltas,
de su origen; bebo
(tus raíces abiertas y penetrables; en tus costas
lascivas —cieno bullente— landas)
los designios musgosos, tus savias densas
(parva de lianas ebrias) Huelo
en tus bordes profundos, expectantes, las brasas,
en tus selvas untuosas,
las vertientes. Oigo (tu semen táctil) los veneros,
las larvas;
(ábside fértil) Toco
en tus ciénagas vivas, en tus lamas: los rastros
en tu fragua envolvente: los indicios
(Abro
a tus muslos ungidos, rezumantes; escanciados
de luz) Oigo
en tus légamos agrios, a tu orilla:
los palpos, los augurios
—siglas inmersas; blastos—. En tus atrios:
las huellas vítreas, las libaciones (glebas
[fecundas),
los hervideros.



Carmen Boullosa (1954)

[Los cuerpos de las mujeres]

Mundo
Aturdimiento
en loco remolino
de pupilas amorosas
Ungaretti

III

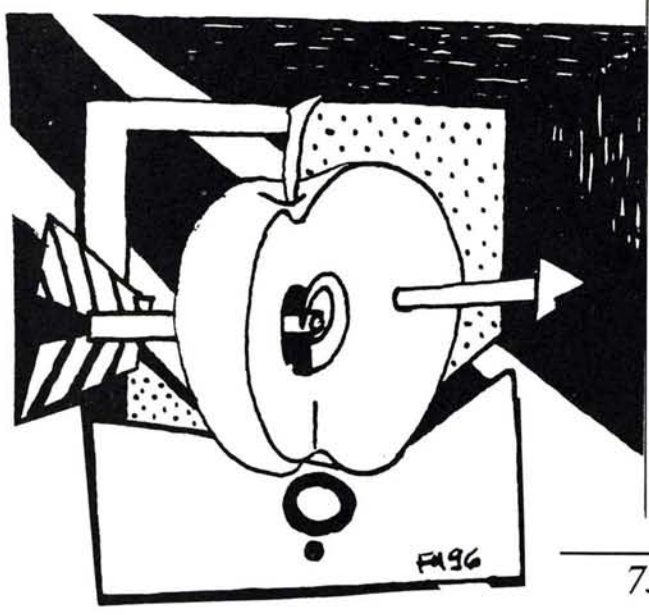
Los cuerpos de las mujeres,
húmedos,
cálidos,
panes cocidos por su deseo
(ola suave de una bahía tranquila),
uvas desprendidas por el tiempo,
unidas en la mancha nítida, precisa, de su pecado:

De Abierta

XI
No eres la pluma
que al aire se inclina
ni el tibio cuello del ganso,
ni la piel del tímido durazno:

eres el injerto de toda esa ternura
en la fuerza del monte,
en el salto de un felino acorralado.

XIII
Durazno
miel de la uva,
fibra del pérsimon:
me ofreces un glosario de carnes
en cada beso.



Verónica Volkow (1955)

Río

El río es sólo un brillo entre las rocas
que cae cae
y canta un estallido incesante
como vidrio que nunca deja
por dentro de quebrarse.
Los árboles danzan en el viento
danzan con perfección
se mueven en una mezcla
de agitación y engranaje.
El viento
se alza el viento
rumor desglosando lo múltiple.
El lago cambia de rostros como un espejo
en la tarde
después de ser sol
se vuelve algo metálico.
Ahora el lago es azul
y paulatinamente transparente
como aire cercano hacia los bordes.
Entre la niebla el agua es una piedra
la niebla cubre el bosque como un velo profundo
pero por todas partes está abierta.

Myriam Moscona (1955)

Retrato hablado con preguntas

¿Qué pesa más en la balanza de su cuerpo?
¿Los años velados o aquella fugacidad
encendida en la memoria?
¿A quién ve? ¿Es ella?
¿Son esos zapatos los que calzaron los pies
de aquella muchacha?
¿Son esos senos duros y el corazón fuera de sí
los que vistieron su torso adolescente?
¿Qué la ha llevado a sumergirse
en el fondo acuoso de la infancia?
¿A quién habla cuando sus labios
involuntariamente dicen algo?
No puede apartar la bruma que impide atravesar
[el tiempo
por ella misma detenido.

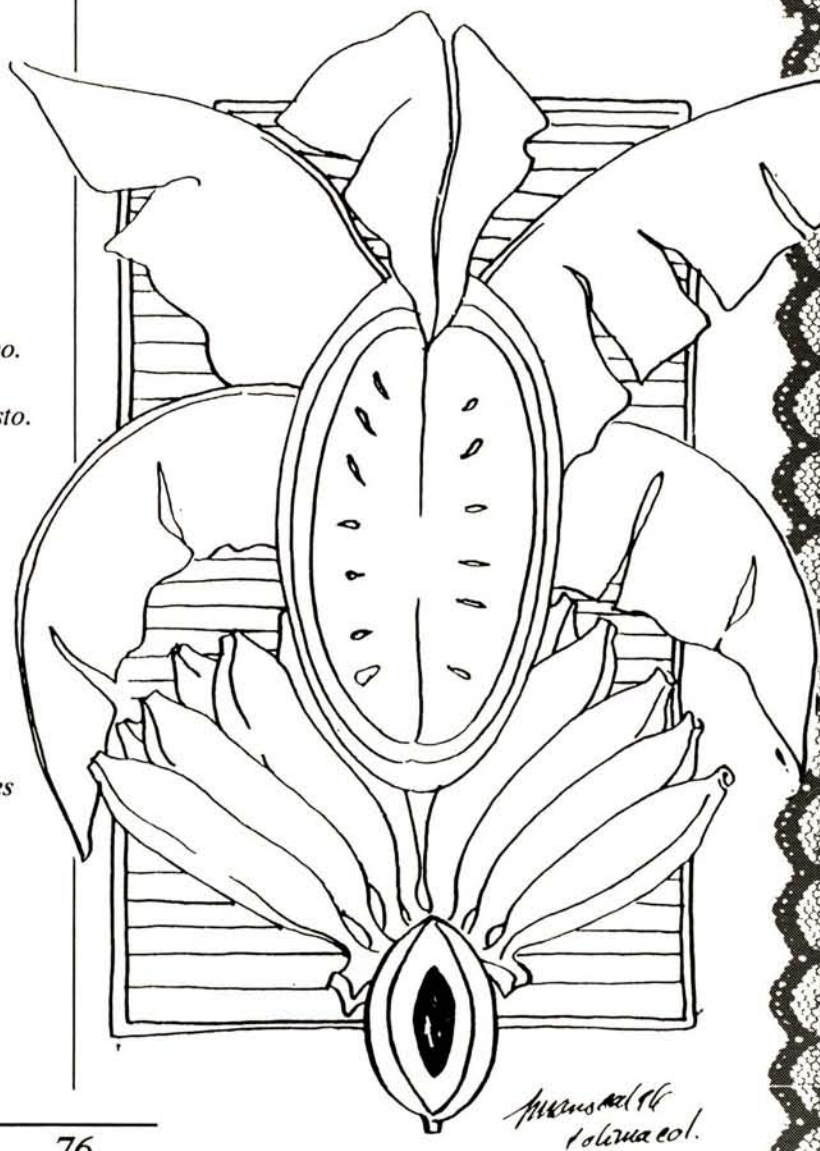
¿No es la nostalgia lo último en perderse?

Kyra Galván (1956)

Contradicciones ideológicas al lavar un plato

Entre el Yin y el Yang
¿cuántos eones?
Julio Cortázar

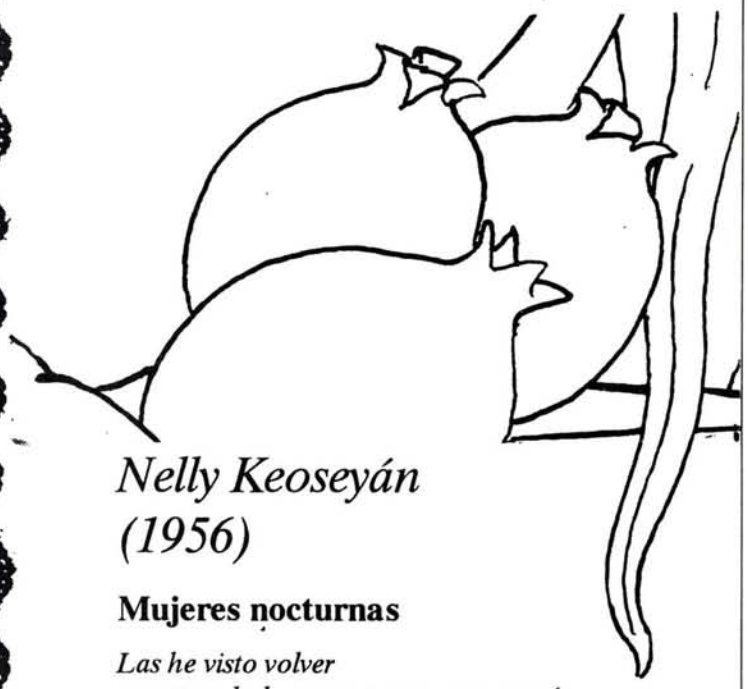
Contradicciones ideológicas al lavar un plato.
¿No?
Y también quisiera explicar
por qué me maquillo y por qué uso perfume.
Por qué quiero cantar la belleza del cuerpo masculino.
Quiero aclararme bien ese racismo que existe
entre los hombres y las mujeres.
Aclararme por qué cuando lavo un plato
o coso un botón
él no ha de estar haciendo lo mismo.
Me pinto el ojo
no por automatismo imbécil
sino porque es el único instante en el día
en que regreso a tiempos ajenos y
mi mano se vuelve egipcia y
el rasgo del ojo, se me queda en la Historia.
La sombra en el párpado me embalsama [eternamente
como mujer.
Es el rito ancestral del payaso:
mejillas rojas y boca de color.
Me pinto porque así me dignifico como bufón.
Estoy repitiendo/ continuando un acto primitivo.
Es como pintar búfalos
pero tengo un cuerpo para texturizarlo a mi gusto.
Uso perfume no porque lo anuncie
Catherine Deneuve o lo use la Bardot
sino porque padezco la enfermedad
del siglo XX, la compulsión de la posesión.
Creer que en una botella puede reposar
toda la magia del cosmos,
que me voy a quitar de encima
el olor de la herencia,
la gravedad de la crisis capitalista,
porque a pesar de todo/ hembra.
Se dice que las mujeres débiles/ que los hombres [fuertes.
Sí y nuestras razas tan distintas.
Nuestros sexos tan diversamente complementarios.
Yin & Yang.
La otra parte es el misterio que nunca desnudaremos.
Nunca podré saber —y lo quisiera— qué se siente estar enfundada en un cuerpo masculino
y ellos no sabrán lo que es olerse a mujer
tener cólicos y jaquecas y
todas esas prendas que solemos usar.
Dos universos físicos en dialéctica constante
con la nostalgia de una unión duradera
donde la fusión de los dos desconocidos
llegue a la profundidad del entendimiento.
Hay una necesidad compulsiva
de dar razones para la escisión
para agudizar racismos con sonrisas
Y las amigas y los amigos
ellos comprenderán
Ellos entienden la distancia que te separa
del amigo/ amado/ enemigo/ desconocido.
Que la reconciliación es un esfuerzo máximo.
La unión, la sublimación
de nuestros propios misterios.
Que el lavar un plato
significa a veces afirmar
las contradicciones de clase
entre el hombre y la mujer.



Perla Schwartz (1956)

Penélope

Siempre como Penélope
hábil tejedora de vivencias y sueños
tejo y destejo
tu presencia.
El ser tuyo
me cansa, me vence.
La rueca ya no hila.
No es lluvia de hilos
la que cuelga en el telar
sino lágrimas de sombras y espejos.



Nelly Keoseyán (1956)

Mujeres nocturnas

Las he visto volver
arrastrando la carne a una cama vacía.
Calles lejanas habitaron sus muslos,
murió vendida su alma a cambio de la nada
y sus noches
fueron llenándose de luz y de violencia,
de espejos y cenizas.

Recordarán el valor
con que salieron a perder
las muertes que vivieron sin sentido,
violentas noches consumidas
por el ardor y el hastío
de otras bocas deseadas.

Sabrán que todo es ilusorio,
un breve tránsito del polvo al polvo,
un oscuro silencio un gesto intacto,
una vida ya vivida y gastada
que nada vale ya contra las horas.

Marianne Toussaint (1958)

La respuesta de Dios

Acomodo espejos para verme la espalda.
Es mi correspondencia en límites con el espacio
y no la conozco;
sin embargo, todos los demás, hasta los gatos,
están apoderados de mi yo por la espalda.

La espalda de uno es como la respuesta de Dios;
siempre observándonos formando parte sin ser
[visto
presentido dificultosamente tocado
observado en los demás como el Dios del otro el
[ajeno.
Sí, es Dios, la espalda que se mira en el de
[enfrente,
del que uno especula del que nada se sabe
al que se le guarda una prudente distancia por la
[calle.
Es la silueta recortada de la noche,
la que de improviso puede voltear girando como
[un trompo
y mostrar ser sólo espalda.
Es el mero espejismo de un encuentro.

